

EL FIN DEL IMPERIO

Somos una nación que verdaderamente no parece formar parte de la humanidad. ¿Quién sabe cuándo nos uniremos a los demás, y cuánto tendremos que sufrir antes de cumplir nuestro destino?

PIOTR CHAADAIEV (ruso), 1836.

RUSIA HA SUFRIDO LO INDECIBLE. CON ELLA, HAN SUFRIDO las muchas naciones presas en "la cárcel de los pueblos". En 1991 parece que la maldición está a punto de ser vencida. Hace un siglo, el gran conservador ruso Konstantin Leontiev advertía al zar de la mano dura, Alejandro III, sobre el peligro de conquistar la Europa del Este: "No podemos siquiera con Polonia. ¿Qué haríamos con una docena de Polonias? Esos países no pertenecen a la época de Bizancio. Si hay algo que puede destruir al imperio, es la tentación de absorberlos." En esa tentación fatal caería Stalin 60 años después y la Europa del Este le daría la razón a Leontiev: no aceptaría ese destino, levantándose muchas veces. Recordemos la guerrilla báltica, hasta 1950, los acontecimientos de Berlín en 1954, los de Varsovia y Budapest en 1956, los de Praga en 1968, los de Polonia en 1970 y 1980... En 1989 esta Europa logró su libertad y en 1991 el imperio se desintegró. Pero empecemos por el principio.

1. EL ÚLTIMO IMPERIO COLONIAL

La conquista del Oeste. Bajo Pedro el Grande (1689 - 1725) el imperio ruso nació de verdad. Al este rechazó a los kazajos más allá del río Ural, al oeste le quitó a Polonia Kiev, cuna del primer estado ruso y capital de Ucrania. Después de largas y duras guerras contra los suecos, conquistó el fondo del Báltico. Por primera vez el imperio se apoderaba de territorios poblados por no rusos (en el bajo Volga y en Siberia había encontrado poblaciones muy dispersas). Los países del Báltico estaban poblados por alemanes, fineses, suecos y poblaciones germanizadas o polonizadas de religión católica o protestante, organizadas en formaciones sociales de tipo eurooccidental.

A fines del siglo XVIII, Catalina la Grande conquistó Crimea y el sur de Ucrania, sometiendo a tártaros, turcos y cosacos. Acabó con Polonia, apoderándose de la Rusia blanca (Bielorrusia) y Lituania y compartiendo a Polonia misma con Austria y Prusia. En 1814 la parte de Polonia que había sido anexada quedó "unida para siempre (hasta 1918) al imperio de Rusia". En 1809 el zar Alejandro logró la anexión de Finlandia. La resistencia de esas poblaciones provocó una política de rusificación a ultranza: se prohibió hablar en público otra lengua que el ruso e imprimir en caracteres latinos y se inició la persecución religiosa

Lo cual no hizo más que exacerbar el sentimiento nacional de los pueblos dominados. Basta leer al polaco Joseph Conrad...

Esto explica la importancia de los movimientos separatistas que se produjeron en 1917, al desplomarse el imperio, en las regiones entonces ocupadas por las tropas alemanas. Polacos, lituanos, estonios, letones y finlandeses lograron, después de violentas y confusas luchas, construir Estados independientes (destruidos en 1939 y 1940 por Hitler y Stalin). En 1917 nació una efímera república independiente de Ucrania que no sobrevivió a la guerra civil y extranjera. Su incorporación violenta a la Unión Soviética estuvo acompañada por una rusificación radical, la liquidación de las élites, incluyendo el PC de Ucrania, y el genocidio por el hambre en los años 30. Moscú organizó la inmigración masiva de rusos a esta región diezmada por la guerra civil, la hambruna y la segunda guerra mundial.

La conquista del Sur. Desde la toma de Kazán por Iván el Terrible los rusos hacían la guerra a los musulmanes, ya fuesen tártaros o turcos otomanos, pero su avance hacia el sur se emprendió realmente en tiempos de Catalina. La ofensiva hubiera podido pararse en la vertiente norte del Cáucaso, enorme sierra que hubiera debido funcionar como frontera natural, de no ser por la existencia de antiguos reinos cristianos: Armenia y Georgia, que habían resistido a la presión turca y persa hasta el siglo XVII. Amenazados de nuevo, los georgianos llamaron varias veces a los rusos, hasta que en 1783 sus deseos quedaron cumplidos. Un ejército ruso se instaló en Tiflis.

En 1801 los principados georgianos quedaron anexados al imperio. Empieza así la gran política rusa de protección de los pueblos de religión ortodoxa contra los otomanos, que termina en 1914 cuando Rusia entra en la primera guerra mundial a favor de Serbia, contra los imperios austrohúngaro y otomano.

La lógica militar de la entrada en Georgia llevó a conquistar Bakú (1813) en Azerbaiyán y una parte de Armenia (1828). Para unir las conquistas al imperio, fue necesario guerrear casi un siglo (1783 - 1885) contra un sin fin de pequeñas naciones, rivales pero de rusos guerreros y musulmanes fervientes. Basta leer a Pushkin, Lermontov y Tolstói. Esos pueblos aprovecharían el derrumbe de 1917 para levantarse contra blancos y rojos hasta 1924 y luego el derrumbe de 1941 para aliarse con los alemanes, lo que pagarían duramente en 1944 - 1945: más de un millón de personas deportadas al Asia Central en las peores condiciones.

En 1918, Georgia, Armenia y Azerbaiyán formaron la efímera república independiente de Transcaucasia. Después de reconocerla y antes de conquistar Armenia y Georgia, los bolcheviques la destruyeron.

La conquista de Asia Central. Fue más fácil que la del Cáucaso. Los jinetes cosacos, acostumbrados a la guerra contra las tribus nómadas, a las que se parecían mucho, dieron pronto al zar las inmensidades esteparias entre el Volga y Syr Daria, del mar Caspio al mar de Aral. Luego, el impulso adquirido llevó al ejército ruso a conquistar la guirnalda de oasis de Taschkent a Merv (1865-1885), hasta Afganistán. En 1885, el tratado con Inglaterra hizo de este reino un colchón entre los dos imperialismos rivales. Sin embargo, en 1890-1895 los rusos ocuparon los valles del Pamir.

De 1866 a 1925 los territorios conquistados al este del mar Caspio quedaron agrupados en el gobierno general, luego república de Turkestán —apelación atinada: con excepción de los tadjiks, todos esos pueblos hablaban lenguas turcas. Los bolcheviques proscribieron la palabra *Turkestán* y en su lugar crearon cinco repúblicas: Turkmenistán, Tadjikistán, Kirgizistán, Kazajistán y Uzbekistán. Fronteras muy complicadas subrayan la estrategia geopolítica diseñada para evitar la formación de un gran conjunto turco y musulmán, esbozada en el gran levantamiento de 1917 y después, en 1920, en el congreso de los Pueblos de Oriente, celebrado en Bakú bajo la dirección del Sultán Galiev. Los líderes comunistas musulmanes fueron liquidados en 1928 y el "sultangalievismo" fue perseguido como reaccionario, lo mismo que el "panturquismo". La guerrilla en los oasis del Ferghana y en las montañas duró de 1918 a 1934. A partir de 1928-1929, en el marco de la colectivización agraria, el ejército rojo impuso la sedentarización de las tribus, que en el caso de los pastores kazajos fue un verdadero genocidio.

Tal es, a grandes trazos, la historia del único imperio colonial que no había estallado antes de 1991, librándose de la descolonización que transformó a los imperios europeos de ultramar, fundados a partir del siglo XVI (España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica, Alemania), en una serie de Estados independientes.

En 1921, un grupo de emigrados rusos que habían luchado contra los bolcheviques admitió su derrota, reconoció el fracaso de las "ideas blancas" y afirmó que "las ideas rojas reflejan la idea rusa". Como escribió entonces N. Ustrialov: "No piensen que hemos cambiado porque reconocemos su bandera roja; la reconocemos únicamente porque levanta en alto el pendón nacional". Ese nacional bolchevismo ruso nacido en 1921 no ha sido olvidado, y mucho menos ha sido perdonado por las naciones no rusas.

Sin embargo, el discurso comunista afirmaba que la instauración del socialismo en la URSS había abolido las relaciones de dominación económica, social y cultural; que el imperio se había transformado en una unión de Estados verdaderamente independientes. Podemos olvidar tales afirmaciones. Durante más de 70 años el Partido Comunista, en cuanto aparato de poder, mantuvo la cohesión de este inmenso imperio, alrededor de una gran potencia, la enorme Rusia que mandó sus "colonos" a todas las "colonias".

Resumiremos la situación presente en un cuadro:

- Rusia: 82% de rusos (o sea 119 millones), de 145 millones de habitantes.
- Estonia: 30% de rusos (450 mil), de 1.5 millones.
- Lituania: 8.6% de rusos (320 mil), de 3.7 millones.
- Letonia: 33.8% de rusos (878 mil), de 2.6 millones.
- Armenia: 1.5% de rusos (553 mil), de 7 millones.
- Bielorrusia: 11.9% de rusos (1.224 mil), de 10.2 millones

- Georgia: 7.4% de rusos (399 mil 600), de 5.4 millones
- Kazajistán: 40.8% de rusos (6.7 millones), de 16.5 millones
- Kirgizia: 21.5% de rusos (881 mil 500), de 4.1 millones.
- Moldavia: 12.8% de rusos (576 mil), de 4.5 millones.
- Uzbekistán: 11% de rusos (2 millones), de 19 millones.
- Tadjikistán: 12% de rusos (600 mil), de 5 millones.
- Turkmenistán: 12.6% de rusos (428 mil), de 3.4 millones.
- Ucrania: 12.6% de rusos (6.5 millones), de 52 millones.

2. EL FINAL DEL IMPERIO

Es imposible reformar la práctica comunista que actualmente existe en la Unión Soviética y en la Europa del Este. Este sistema debe ser liquidado.

Imre Pozsgay, miembro del politburó del PC húngaro (1988)

No hay fuerza capaz de detener la caída del imperio. La pregunta es ¿vendrá el cambio pacífica, gradual y políticamente, o acabará en sangre?"

Bogdan Horyn, líder nacionalista ucraniano, 31 de diciembre de 1990

Hace 5 años los observadores no preveían gran cosa. Analizaban el callejón sin salida en que se encontraban el gigante soviético y sus satélites de Europa Oriental. Las sociedades no lograban su libertad y el poder no podía acabar con los "disidentes". La expedición militar de Afganistán resumía en sí todos los aspectos del "impasse". Bien podía Hélène Carrière d'Encausse anunciar "l'empire éclaté" ("el imperio reventado"); su profecía, por razonable y razonada que fuese, no tenía fecha. Habíamos olvidado la interrogación de Andrei Amalrik: "¿Existirá la URSS en 1984?". 7 años después de esa fecha, la tesis de que el totalitarismo comunista era indestructible y sus fracasos no tenían consecuencias demostró su falsedad. Agotados el fanatismo ideológico y la esperanza milenarista, la renuncia al terror de masa, si tardó en tener efectos visibles, tuvo consecuencias decisivas a largo plazo. El comunismo soviético no era indestructible y tampoco reformable ya que su rigidez, su incapacidad de adaptación lo volvían frágil. La "huida hacia adelante" —eso fue la perestroika de Gorbachov— condujo rápidamente a la quiebra, en 1989, en Europa Central; dos años después, en lo que fue la Unión Soviética. Los últimos acontecimientos nos sorprendieron, no por su naturaleza sino por su amplitud y su rapidez, acelerada por el fallido golpe palaciego de agosto de 1991. Como dice Pierre Chauuu:

El Este nos enseña varias lecciones. La solidez del *homo religiosus*, la fragilidad de los sistemas *a priori* simplistas, como el comunismo de aparato. El Este comprobó dos efectos aparentemente inesperados: la firmeza de los modos de transmisión de los valores —transmisión oral, gestual, familiar, afectiva—, la victoria de las *babas* (las abuelas) sobre los comisarios políticos. No se acaba fácilmente con la religión. El sistema soviético, que se creía protegido por su baluarte occidental, pero que en realidad estaba fragilizado por él, se derrumbó bajo el fuego cruzado de las abuelas, la transmisión subterránea informal y la transmisión electrónica por satélites y transistores. Y también porque el fracaso económico en tales condiciones no se puede disimular más, ni puede mantenerse el mito de la voluntad agresiva de un mundo capitalista generador de pobreza.¹

¿Marcha adelante o salto atrás? ¿Con la desintegración del imperio se va hacia el régimen de la democracia o hacia el triunfo de los odios tribales, que los comunistas habían congelado? A esa pregunta, Kolakowski contestó en enero de 1990:

Se dice a menudo que el nacionalismo ha reemplazado a la difunta ideología comunista. La expresión está mal escogida. En efecto, la ideología comunista había muerto desde hacía tiempo, y el nacionalismo estaba presente. Sencillamente, no tenía miedo de expresarse. El debilitamiento de los medios de represión, los cambios en los medios informativos han permitido a esta fuerza nacionalista salir del dominio subterráneo en el que había vivido sin debilitarse. Hoy, esos nacionalismos están en marcha, y es imposible saber cuál será el nuevo equilibrio, tras el desplome del imperio comunista. En Afganistán, la barbarie comunista puede ser reemplazada por una teocracia bárbara. ¿Qué es mejor? Probablemente, la teocracia bárbara tenga la ventaja de no romper la continuidad cultural del país.

En Rusia, frente al gorbachovismo modernizante, el nacionalismo ruso no deja de crecer, del mismo modo que aumentan las fuerzas nacionalistas periféricas de la URSS. Ese nacionalismo puede adoptar una forma violenta y, sobre todo, antioccidental. Es probable que Rusia renuncie finalmente a la Europa Central. Es verosímil que la Unión Soviética renuncie, aun si le resulta muy doloroso, a ciertas repúblicas.

Según Kolakowski, la perestroika fue la cuarta tentativa de modernización de Rusia. La primera fue la de Pedro el Grande; la segunda, la de Alejandro II, y la tercera, la de Lenin y Stalin. La tentativa de modernización por el comunismo fue bárbara y, por lo demás, Lenin lo reconocía expresamente: "hemos de modernizar, de civilizar, y ser tan bárbaros como lo fue Pedro el Grande".

La modernización emprendida por Alejandro II era una modernización occidentalizante: un movimiento lento que se aceleró bajo Nicolás II y que probablemente, si no hubiese habido revolución, habría desembocado en una especie de monarquía constitucional. En cambio el comunismo, en cierto sentido, volvió a introducir la esclavitud y la servidumbre y procedió a una modernización de tipo bárbaro. Hoy, ese proceso se encuentra en un callejón sin salida y los dirigentes se esfuerzan por salvar el comunismo o al menos las instituciones esenciales del comunismo, por conservar la categoría mundial de la Unión Soviética, mientras intentan modernizar el país. Es la cuadratura del círculo. El imperio se desploma, pero no se sabe aún exactamente lo que de él saldrá.

Para Hélène Carrère d'Encausse, profetisa de *l'Empire Eclaté*,

El comunismo fue, en 1917, la respuesta de Lenin a un viejo debate: ¿dónde está Rusia? ¿En Europa, o fuera de Europa? Incapaz de escoger, Lenin cortó por lo sano, de manera singular: Rusia era el porvenir de Europa, por sí sola. La desaparición del comunismo reinicia este debate y pone a Rusia frente a sí misma. Como dijo un filósofo georgiano, Mirab Mamardachvili, de nuevo estamos en tiempos de "la cuestión rusa". La cuestión rusa también es la cuestión del imperio. El comunismo ha sido el arca de Noé de un imperio de los zares reconstruido y mantenido con la esperanza de que un día se borren las diferencias nacionales. La desaparición del

comunismo saca a la luz el problema de la relación entre esos pueblos y el de la elección que debe operarse entre una Rusia que se encontraría en sus límites o un imperio que habría que mantener a toda costa.

Mantener el imperio es apartarse de Europa y frenar la democracia: el repliegue sobre Rusia, por el contrario, favorecería la democracia. La elección de este segundo camino abriría, desde luego, un proceso muy largo y doloroso: sería el abandono de una larga historia de conquistas. Y esto le cuesta trabajo aceptarlo a Rusia. Aun si una fracción de la *intelligentsia* considera la cuestión con lucidez y espera que los dirigentes soviéticos sepan, en el momento dado, favorecer un abandono del imperio que daría por resultado la democratización y la europeización de Rusia.²

3. ¿UN CHERNOBIL POLÍTICO?

La desintegración del imperio puede ser devastadora e impredecible, puesto que la URSS, de hecho, prolongaba el imperio ruso, de manera que Rusia no fue sólo víctima de la voluntad imperial sino también una fuerza imperial. Las desgracias de Rusia no vienen sólo de haber mantenido la unión, sino de haber conservado sus tendencias imperiales profundas.³

La historia de los últimos 74 años (no es la única causa de los problemas; el historiador suele remontarse al siglo XV, cuando Iván el Terrible concibió a Moscú como la Tercera Roma, la que nunca iba a caer), la historia de la URSS como "cárcel de los pueblos", ha exasperado a todas las naciones, etnias, lenguas, tribus, clanes... La aplanadora soviética intentó acabar con "las costumbres" para hacer el hombre nuevo, el *homo sovieticus*. El intento fracasó pero dejó odios, rencores, memorias. Ríos de sangre corrieron, naciones enteras fueron desplazadas, masacradas. ¿Cómo olvidarlo?

Lenin no le dedicó mucho tiempo a la "cuestión de las nacionalidades"; le encargó el asunto al camarada Koba, el georgiano (¿oseta?) Stalin. Para Lenin se trataba de una cuestión que, aunque no dejaba de molestar, lo hacía más bien como una herencia del pasado. En última instancia se la podía manipular para mayor gloria de la revolución. Lo importante era construir el socialismo; para lo cual se podía conceder la independencia a los finlandeses y otros letones, que, tarde o temprano, abrazarían la causa revolucionaria. Por lo mismo, bien se podía dar la mitad de Armenia a Turquía y la mitad de Azerbaiyán a Irán, para ganarse aliados estratégicos. Un poco más de tiempo y la Revolución Mundial lo arreglaría todo. Con el mismo espíritu Lenin había apostado sobre la paz de Brest Litovsk con los alemanes —y había ganado. En 1939, la URSS recuperaba Polonia; en 1940, los países bálticos, y se anexaba Besarabia - Bukovina, etc... El alto Karabaj, territorio armenio entregado en aquel entonces a Azerbaiyán, y decenas de terruños semejantes, sirvieron de instrumentos para una estrategia que hoy hace de nuevo correr la sangre.

Después de este pecado original leninista, siguieron lógicamente todos los demás horrores: la colectivización que mató a la tercera parte del pueblo kazajo, la hambruna artificial que mató a 5 o 6 millones de ucranianos, la deportación masiva de naciones enteras entre 1942 y 1946: alemanes del Volga, tártaros de Crimea, inguches, chechenes del Cáucaso y tantos otros "castigados". Una vez más se redibujaron las fronteras, de suerte que en 1991 las naciones liberadas de la "Unión" imperial se enfrentan a una contradicción mayúscula: los grandes

retos que les esperan no se pueden resolver sin la cooperación entre las repúblicas pero, por razones históricas de mucho peso, esa cooperación es casi imposible. ¿Unión imposible? Pero el divorcio tampoco será fácil. Basta con ver el conflicto que ensangrienta desde 1988 a armenios y azerís, o los odios que lanzan unos contra otros, georgianos, osetas, etc...

En todos los países de Europa Central, como en la URSS, la nación triunfó contra el partido. La nación se yergue desde Alemania y Serbia hasta Estonia y Uzbekistán. Enseña a sus heraldos, Walesa, Landsbergis, Yeltsin; sus banderas, sus himnos patrióticos, sus recuerdos, sus traumas, sus fobias. Esas naciones pueden ser tan hermosas como feas, tan admirables como temibles. Esa "primavera de los pueblos" (1989 - 1991) tiene una gran ventaja sobre la primavera de 1848 - 1849: entonces Rusia la destruyó, hoy ha contribuido de manera decisiva al triunfo presente del movimiento.

Hasta ahora, democratización y luchas nacionales han caminado en forma paralela. Están estrechamente ligadas: sin la primera, las segundas no hubieran triunfado, pero sin las segundas, la democracia es imposible. La democracia supone, etimológicamente, que *demós* - pueblo existe para poder darse las instituciones "democráticas". Pero ¿qué pasa cuando el Estado es un conjunto de pueblos? Mañana Checoslovaquia puede dividirse en 2 países democráticos sin problemas irrisorables, pero ¿qué ocurre cuando se trata de una Yugoslavia constituida de muchos pueblos dominados por uno más fuerte? ¿cuándo el Estado como en la URSS es un imperio enorme, constituido por decenas de pueblos, cuyo lazo se encuentra en la ideocracia comunista y su aparato represivo, prolongando un viejo imperio ruso (zar, religión, "pueblo")?

Eso explica el contraste entre las naciones homogéneas del que fuera el mundo comunista (Hungría, Polonia, Alemania) y los Estados multinacionales, en los que la democracia encuentra un obstáculo interno, en el corazón mismo de la realidad multinacional de dichos Estados. Parece necesaria, inevitable, la disgregación de estos conjuntos para que, idealmente, cada pueblo tenga su Estado y pueda, al fundarse a sí mismo, crear la democracia. Es fácil decirlo, pero cuando los imperios (grandes o pequeños) son un mosaico, una "Macedonia", cuando en un territorio tan grande como Tlaxcala están presentes varias lenguas, razas y religiones... ¿qué hacer? ¿Simplificar, homogeneizar, purificar? Volver a desplazar a los pueblos como hizo el poder soviético? ¿Cómo? Inútil soñar con una peregrinación plácida organizada por las Naciones Unidas y el Club Med. De hacerse, se haría *manu militari*, como los serbios lo están intentando ahora en su difunta Yugoslavia.

Se entienden la preocupación y el ánimo conservador manifestados por los EE.UU. y Europa. El *statu quo* les parecía preferible a abrir la caja de Pandora de los nacionalismos. Los nacionalismos no se dejaron encerrar: fue evidente en el caso de Yugoslavia, cuyos pueblos habían sido obligados a convivir por la razón de Estado de otros pueblos europeos, entre ellos Francia (Hungría sigue sufriendo las consecuencias de la misma "razón"). En cuanto a la Unión Soviética, "Estado Frankenstein", aglomerado gigantesco e inmanejable de pueblos reacios a toda coexistencia, concebido por "el zarismo y 'perfeccionado' —pero a qué precio!— por el socialismo real"⁴, se desintegra bajo nuestros ojos: se transformará en una comunidad económica de repúblicas soberanas pero decididas a colaborar? Sería lo ideal. ¿O se volverá un campo de Agramante en el

cual el ejército ruso entraría a saco (como el ejército serbio en Croacia, que dice "donde hay un serbio, allí está Serbia") con el pretexto de "revisar fronteras" y defender minorías rusas?

Tanto en Yugoslavia como en la URSS se deberían aplicar algunos principios universalmente proclamados, si no aplicados, como lo son el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, los derechos de las minorías y los derechos del hombre. ¿Cómo conciliar ese respeto con otros principios que son la conservación de las fronteras, la estabilidad y la seguridad de los equilibrios regionales o continentales?

La historia, congelada por el sistema soviético, toma su revancha y los pleitos pendientes entre pueblos y grupos étnicos se reactivan. Los odios ancestrales, las *vendettas* seculares han sido agravados y no resueltos por el totalitarismo. De nada sirve indignarse y condenar el fenómeno en nombre del humanismo, del internacionalismo, del cosmopolitismo. Hay que reconocer su existencia y trabajar para reducir al mínimo el desastre que se perfila. No se trata de echar leña a la hoguera y predicar el odio en los Balcanes o en lo que fue la URSS, sino de reconocer la dura realidad para trabajar con ella. Existe el problema de las naciones: Croacia, Eslovenia, los albaneses de Kosovo, los países bálticos, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Uzbekistán, etc...; existe también el problema de las minorías, distinto pero no menos importante y que no puede recibir solución fuera de la democracia más amplia, más generosa.

Naciones y minorías existen; las naciones se están enfrentando, las minorías pueden servir de rehenes o de aliados; todas y cada una tienen su historia, su religión, sus intereses, su memoria trágica, vindicativa y fatal.

Andrei Sinyavski⁵ se dio cuenta, en la cárcel, del odio implacable que muchas naciones le tienen al ruso, al que identifican con el tirano soviético. La rusofobia existe, hay que reconocerlo —aunque haya sido denunciada por un personaje tan criticable, Igor Shafarevich, en su libro *Rusofobia*. Shafarevich, matemático internacionalmente reconocido, veterano de las luchas por los derechos del hombre en los años 70, se desvió hacia las tendencias más duras del nacionalismo ruso. Sinyavski, acusado de "rusófobo", analizó claramente la reactivación del antisemitismo ruso tradicional en el pensamiento de Shafarevich⁶: "Dios nos perdone por ligar una vez más su nombre a la invitación a la masacre y al pogrom". El asesinato del sacerdote ortodoxo Alexander Mien, en 1990, sigue sin aclararse, pero para muchos es obvio que el crimen fue obra del *Pamiat*, movimiento nacionalista ruso xenófobo, manipulado por el KGB.

Elena Bonner hizo una advertencia (27.08.91) sobre "el peligro de las consignas del zarismo ruso combinadas con un régimen despótico con el apoyo de la Iglesia, en la Unión Soviética". Queda claro que la religión no salvará a Rusia en el porvenir, como tampoco la salvó el ateísmo en el pasado, y que puede comprobarse, por desgracia, la afirmación de Friedrich Gorenstein: "el carácter nacional es su verdadero tirano" (de Rusia).

En 1946 el historiador húngaro Istvan Bibó publicó un ensayo intitulado "*Miseria de los pequeños Estados en la Europa del Este*", enfocado a los litigios territoriales. El problema bien puede volver a ser de actualidad (basta pensar en la manzana de la discordia de los húngaros de Transilvania, entre Hungría y Rumania) y recubrir el ejército de la soberanía tiene una dimensión geopolítica mayor. No es fácil "salir del imperio".

4. ¿CÓMO REEDIFICAREMOS RUSIA?

Con este título Aleksander Solenyitsin presentó en julio de 1990 unas proposiciones que fueron ampliamente difundidas en la Unión Soviética, pero nulumamente en Occidente. No deja de ser escandaloso tal ostracismo pero no es sorprendente nuestra pereza intelectual. Hace mucho que catalogamos a Solenyitsin como un "chovinista granruso, un fanático monarquista, un cristiano xenófobo y antisemita". La vergüenza es para nosotros. De sus 16 páginas muy apretadas (edición de *Komsamolskaya Pravda*), dedica las 4 primeras al problema del imperio y de las nacionalidades y lo hace en términos muy parecidos a los usados por Sajarov en 1989. Sobre este asunto, por lo menos, no había oposición entre los dos hombres.

Solenyitsin empieza por decir que Rusia no es la URSS, esa "mentira imperial de la amistad socialista de los pueblos". Para él, la URSS es la cruel realidad de la opresión de las naciones por el poder soviético. Profetiza: "así veo las cosas: serán independientes las tres repúblicas bálticas, las tres repúblicas del Cáucaso, 4 si no es que 5 de las 5 de Asia Central y Moldavia. Sin la menor duda, sin la menor hesitación". Nuestro problema, dice él, es Rusia, la vieja *Rus* que juntaba a todos los rusos (pequeño ruso, granrusiano, bielorrusiano), que empezó a llamarse Rusia en el siglo XVIII y cuyo verdadero nombre debería ser "Unión Rusá" (*Rasúskú Sayuz*).

En cuanto a la Gran Rusia, exclama él, "por favor no me hablen de esto, ¡librennos de la estupidez imperial!" La salida de las 12 repúblicas enumeradas es necesaria para su liberación y para nuestra liberación, la liberación de los rusos oprimidos por el papel de verdugo que nos impuso el bolchevismo; su liberación es la nuestra. ¿Qué ganamos oprimiendo a Polonia y Finlandia? ¿Acaso nos causó algún daño su liberación en 1917? En cuanto a los sueños coloniales de los zares en Asia Central, nos han de valer millones de refugiados cuya integración hay que preparar con calma. La "grandeza" nos valió la primera guerra mundial, la catástrofe de los 17 años (1915-1952), triple catástrofe demográfica, material y espiritual.

Luego habla de Ucrania y Bielorrusia, recordando que él es casi 50% ucraniano y que ama profundamente también al pueblo bielorruso. "Creo en la Unión rusa, creo que somos, si no hermanos, primos hermanos; somos descendientes de la *Rus* de Kiev que nos dio el cristianismo hace 1 000 años. Sufro en el alma por las leyes represivas de 1863 y 1876 contra la lengua ucraniana, por la persecución religiosa de los cristianos uniatas. Quisiera la unión de las tres Rusias, pero si los hermanos ucranianos y bielorrusos votan a favor de la independencia, aceptaré su decisión. Sufiré el hecho de que sea hoy inevitable ese reparto doloroso, por los sufrimientos que nos impusieron los años comunistas, sufrimientos que pasamos juntos. No creo que sea necesaria la división, pero ni modo. En este caso, que la rusificación impuesta por los bolcheviques no engendre la persecución de la minoría granrusiana, que la persecución de los uniatas a partir de 1946 no engendre una guerra de religión".

Así habla el "chovinista"... antes de dedicar un capítulo a los pequeños pueblos y demás grupos étnicos. Pide el respeto para todos y cada uno, hasta el más minúsculo. La independencia de las 15 repúblicas no resolverá el problema de los tártaros, bashkir, udmur, komi, chuvach, mordv, iakut, etc... Todos merecen respeto y justicia, empezando por los pueblos

deportados: los tártaros de Crimea deben tener derecho a regresar en seguida a Crimea (sin que por eso Crimea se transforme en "reserva india"). Concluye que todos y cada uno han sido creados por Dios y cita a Vladimir Soloviev: "Amen a todos los demás pueblos como a sí mismo". Es el único criterio.

Inteligencia, sabiduría, amor: no hay otro recurso para arreglar la herencia maldita de las fronteras y, adentro de las fronteras, respetar la "piel de leopardo", el mosaico étnico. Si no, para 20 millones de rusos y otros tantos no rusos, será la tragedia del éxodo. Si no se quiere lanzar sobre los caminos a 50 millones de refugiados, hay que garantizar el derecho de las minorías. La independencia de Georgia no debe ser una tragedia para osetas y abjazos, la de Moldavia no debe ser la catástrofe para gagauzes y rusos de Transnistria, etc... El triunfo egoísta de los "intereses" sería mortal. Hasta aquí Solenyitsin.

De Gaulle dijo proféticamente: "el drama de la URSS es que tiene su Argelia adentro". No una Argelia, como Francia, sino una docena. ¿Cómo lograr la descolonización exitosa del último imperio colonial? No hay muchas salidas, y todas necesitan inteligencia y generosidad. Se debe empezar con el reconocimiento de todas las independencias para negociar, después de este preámbulo indispensable, un espacio económico común y una seguridad militar continental. Se puede imaginar una cooperación estrecha entre las tres repúblicas eslavas: Rusia, Ucrania y Bielorrusia, y acuerdos con las demás. Se puede imaginar para M. Gorbachov (o su sucesor) un papel simbólico (el rey de Inglaterra a la cabeza del Commonwealth) y un papel real: la política extranjera, para la cual Gorbachov ha manifestado un extraordinario talento. Pero quizá Gorbachov no tenga sucesor y se invente algo totalmente nuevo.

La idea es lanzar puentes, construcciones multietnatales, en las dos dimensiones, la regional y la continental. Así los países bálticos seguirán trabajando con Petersburgo pero se incorporarán a la región báltica (Escandinavia y Finlandia, Polonia); Europa Central incluiría Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Austria, Eslovenia, Croacia. Las incertidumbres rumanas y yugoslavas no permiten decir más.

Es el fin de un mundo; no nos dimos cuenta de que, en unos dos años, sucedió algo comparable al derrumbe del imperio romano. Es una revolución mundial, porque no puedo creer que lo que ocurre entre Berlín y Vladivostok deje de afectar al mundo occidental y al tercer mundo. ¿Quién sabe lo que está por venir? Todo puede hundirse en el barruto y el furor pero, a la vez, existe la perspectiva verdadera de que la ruina de la Torre de Babel sea algo positivo. Para Europa y para el resto del mundo el reto es grande. ¿Por qué no soñar con lazos nuevos entre 15 repúblicas verdaderamente independientes? Hasta la fecha la tan celebrada Europa no ha rebasado este estadio. Todo es posible, todo es negociable. ¿Es la historia de siempre? Sin duda, pero, a la vez, todo es nuevo.

NOTAS

¹ Pierre Chauvin. *Colère contre colère*. París 1991 p. 217.

² *Nouveau Observateur*, 10. de febrero de 1990.

³ Yuri Afanasiev, *New York Review of Books*, 31 de enero de 1991.

⁴ Jacques Amalric, *Le Monde*, 18 de junio de 1991.

⁵ *Syntaxis: Réflexion sur le sort de la Russie*, París, 1991.

⁶ *Granta*, N° 30, invierno de 1990.